

*ustedes muy feos.* ¿Cómo diablos quiere usted que me lo sufran, y que me den las gracias encima?

»Esto, sin embargo, como usted ve, no prueba nada sino que yo he puesto el dedo en donde debía ponerle. Sin embargo, debo confesar que mi libro ha salido á luz fuera de tiempo: ha salido *antes* y debía haber salido *despues del diluvio*. En el diluvio se ahogarán todos, ménos yo; es decir, las doctrinas de todos, ménos las mías. Mi gran época no ha llegado, pero va á llegar. Ya verá usted qué naufragio y cómo todos los náufragos buscan refugio en mi puerto: aunque bien pudiera suceder (cosas como esas se han visto) que ni aún así le quisieran, prefiriendo el mar salado. Cada uno tiene su gusto, y sobre gustos no hay nada escrito.

»Pero vea usted lo que son las cosas. Mientras que con mi libro pasa ahí lo que pasa, aquí, donde acaba de publicarse traducido, *ha hecho explosion...* Los extraños me vengan así de los propios. Y en esto confieso que me he llevado chasco: yo creí que aquí como ahí, todos serían contra mí, porque yo soy contra todos: no ha sido así, y debe consistir esto en que por aquí han pasado ya algunas olas del *diluvio*, mientras que por España no ha pasado ninguna. La letra con sangre entra.»—(OBRAS de D. Juan Donoso Cortés, etc., t. V, págs. 144-145.)

¿Habrà entrado ya con bastante sangre la letra en España para que se entienda bien y se estime debidamente el libro de Donoso? Quizás sí, quizás no. En todo caso, nosotros le reproducimos creyendo que hoy su publicación es tan oportuna como no lo ha sido jamás para despertar á mucho dormido y aleccionar á mucho despierto.

Aquí está muy patente la íntima raíz de todas las dolencias que padecemos; aquí el pronóstico de las que nos amenazan, designadas con profética intuición hasta con su propio nombre; y aquí también el único remedio curativo de las primeras y preservativo de las segundas. Oiga quien tuviere oídos:

«Todas las doctrinas racionalistas van á parar forzosamente al **NIHILISMO**; y ninguna cosa hay más natural y más lógica, si bien se mira, sino que no habiendo sino la nada fuera de Dios, los que se separan de Dios, vayan á parar á la nada... El catolicismo es á la manera de aquellos formidables cilindros por donde no pasa la parte sin que despues pase el todo... Por ahí pasa todo, ménos la nada: es necesario, pues, ó afirmar la nada, ó pasar con todas las ne-

## LIBRO PRIMERO.

### CAPITULO PRIMERO.

DE CÓMO EN TODA GRAN CUESTION POLÍTICA VA ENVUELTA SIEMPRE  
UNA GRAN CUESTION TEOLÓGICA.

Mr. Proudhon ha escrito, en sus *Confesiones de un revolucionario*, estas notables palabras: «Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología.» Nada hay aquí que pueda causar sorpresa, sino la sorpresa de Mr. Proudhon. La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el Océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el Océano que contiene y abarca todas las cosas (1).

(1) Enseña la fé y la razon lo demuestra que Dios contiene todas las cosas, que está en todo, y todo está en El. Los enemigos de la Iglesia, ya herejes, ya incrédulos, han desconocido siempre, desfigurado ó negado formalmente esta verdad; y hoy mismo se ven aparecer con nuevas formas antiguos errores.

Así como los maniqueos negaban que Dios tiene poder sobre las cosas visi-

Todas ellas estuvieron antes de que fueran, y están después de creadas, en el entendimiento divino; porque si Dios las hizo de la nada, las ajustó á un molde que está en él eternamente. Todas están allí por aquella altísima manera con

bles y corporales dependientes, según ellos, del principio del mal; así quieren los modernos sofistas emancipar de Dios la razón humana y el *libre pensamiento*, atribuyéndole una soberanía é independencia que les niega la Iglesia de Dios al enseñar que en el hombre como en todas las demás criaturas está el Señor *por potencia*, es decir: que todas ellas y el hombre mismo están sujetas al divino poder.

Sin negar formalmente la soberanía de Dios sobre las criaturas, conténtase el comun de los libre-pensadores con afirmar, como los impíos cuyas palabras se conservan en el libro de Job (XXII, 14): «Que Dios se pasea por el cielo y no se cuida de nosotros.» Contra estos enseña la Iglesia que está Dios *por presencia* en el hombre y en los demás seres, por cuanto nada hay oculto á sus divinos ojos. A todas partes se extiende la Providencia divina, que gobierna las cosas, no solo en general, sino á cada una particularmente, de modo que no hay acción, ni palabra, ni pensamiento humano que á sus miradas se oculte, y de que el hombre no tenga que responder en el día en que será juzgado.

Habían inventado antiguos herejes un sistema según el cual Dios, después de crear cierto número de seres privilegiados, les había confiado la misión de crear los demás. Renovado este error, bien que con forma ménos grosera, pretenden ciertos filósofos modernos que, una vez creados, no necesitan los seres de la divina conservación para continuar existiendo. Dicen que Dios los crió, pero que no los conserva, sin conocer el absurdo de que una cosa exista sin la acción de la causa que la produjo. Contra ellos enseña la Iglesia que Dios está en todas las cosas *por esencia*, es decir, dando y conservando el ser á todas las criaturas, y por consiguiente al hombre.

La causa está en el efecto cuando lo produce, y el agente está en su acción mientras esta dura. Dios es por su esencia el Ser mismo; es pues la causa de todos los seres: ser en todo lo que es, es por consiguiente el efecto propio de la acción de Dios; así como quemar es el efecto propio del fuego en todo cuanto se quema; mientras una cosa arde, allí está el fuego; así también mientras una cosa es, en ella está Dios, pues la criatura no puede recibir el ser sino por efecto de la causa que se lo dá, esto es, de Dios.

La fórmula católica: «Dios está en todas las cosas *por esencia, presencia y potencia*,» excluye además de los errores que acabamos de exponer, todos los sistemas panteístas. La *potencia* implica distinción entre Dios, dueño soberano, y los seres á El sometidos; igualmente la *presencia*; pues si estamos bajo la mano de Dios y presentes ante sus ojos, claro es que no somos Dios. Estando por último

que están los efectos en sus causas, las consecuencias en sus principios, los reflejos en la luz, las formas en sus eternos ejemplares. En él están juntamente la anchura de la mar, la gala de los campos, las armonías de los globos, las pompas de los mundos, el esplendor de los astros, las magnificencias de los cielos. Allí está la medida, el peso y número de todas las cosas, y todas las cosas salieron de allí con número, peso y medida. Allí están las leyes inviolables y altísimas de todos los seres, y cada cual está bajo el imperio de la suya. Todo lo que vive encuentra allí las leyes de la vida; todo lo que vegeta, las leyes de la vegetación; todo lo que se mueve, las leyes del movimiento; todo lo que tiene sentido, la ley de las sensaciones; todo el que tiene inteligencia, la ley de los entendimientos; todo el que tiene libertad, la ley de las voluntades. De esta manera puede afirmarse, sin caer en el panteísmo, que todas las cosas están en Dios, y que Dios está en todas las cosas (1).

Dios en nosotros por *esencia* dándonos el ser, El no es, en verdad, el ser ó la sustancia que nos está dando, ó sea la creación; y así como la obra no es el artista, así entre la sustancia creadora y la creada hay distinción verdadera.

(1) La verdad que recuerda aquí Donoso es la que Santo Tomás expone en los siguientes términos:

«El ejemplar (el modelo, tipo ó prototipo) es lo mismo que la idea.» Pero las ideas son, según San Agustín, las formas primeras ó razones estables de las cosas; formas que no han sido creadas, sino que permanecen inmutables en la divina inteligencia.» Dios es pues la primera causa ejemplar de todas las cosas. Esto se ve con evidencia considerando que para ejecutar cualquier obra, es menester copiar un modelo, ya sea este un objeto real, ya sea únicamente el mero concepto formado por el artista. Es así que nada se hace en la naturaleza, sino bajo determinadas formas, cuya determinación necesariamente tiene por causa la divina sabiduría que ha concebido el orden del mundo, orden fundado precisamente en esta determinación por la cual las cosas se distinguen unas de otras; luego no podemos hallar las razones ó tipos de las cosas que llamamos *ideas* fuera de la sabiduría divina. Luego habremos de decir que existen en el divino entendimiento. Multiplicanse estas formas en los objetos que ellas revisten; pero ellas no son en realidad sino la esencia misma de Dios, que comunica diversamente su semejan-

Esto sirve para explicar por qué causa al compás mismo con que se disminuye la fé, se disminuyen las verdades en el mundo; y por qué causa la sociedad que vuelve la espalda á Dios, ve ennegrecerse de súbito con aterradora oscuridad todos sus horizontes. Por esta razon la religion ha sido considerada por todos los hombres, y en todos los tiempos, como el fundamento indestructible de las sociedades humanas: *Omnis humanæ societatis fundamentum convellit qui religionem convellit*, dice Platon en el libro 10 de sus leyes. Segun Jenofonte (sobre Sócrates): «Las ciudades y naciones más piadosas han sido siempre las más duraderas y más sabias.» Plutarco afirma (contra Colotés), «que es cosa más fácil fundar una ciudad en el aire, que constituir una sociedad sin la creencia de los dioses.» Rousseau, en el *Contrato Social*, libro 4.º, capítulo 8.º, observa «que jamás se fundó Estado ninguno sin que la religion le sirviese de fundamento.» Voltaire dice, *Tratado de la tolerancia*, capítulo 20, «que allí donde hay una sociedad, la religion es de todo punto necesaria.» Todas las legislaciones de los pueblos antiguos descansan en el temor de los dioses. Polibio declara que ese santo temor es todavía más necesario que en los otros, en los pueblos libres. Numa, para que Roma fuese la ciudad eterna, hizo de ella la ciudad santa. Entre los pueblos de la antigüedad, el romano fué el más grande, cabalmente porque fué el más religioso. Como César hubiera pronunciado un día en pleno Senado ciertas palabras contra la existencia de los dioses, luego al punto Caton y Ciceron se levantaron de sus sillas, para acusar al mozo irreverente de haber pronunciado una

---

za á los diversos séres. Así las criaturas que no pueden gozar el privilegio de ser semejantes á Dios en naturaleza, como lo es por ejemplo un hombre á otro, son semejanza suya en cuanto cada una de ellas reproduce una razon ó forma ejemplar que está en El, así como por ejemplo, una casa material reproduce el ideal del arquitecto que la edifica. (I. q., XLIV, 3.)

palabra funesta á la República. Cuéntase de Fabricio, capitán romano, que como oyese al filósofo Cineas mofarse de la divinidad en presencia de Pirro, pronunció estas palabras memorables: «Plegue á los dioses que nuestros enemigos sigan esta doctrina cuando estén en guerra con la República.»

La disminucion de la fé, que produce la disminucion de la verdad, no lleva consigo forzosamente la disminucion, sino el extravío de la inteligencia humana. Misericordioso y justo á un tiempo mismo, Dios niega á las inteligencias culpables la verdad, pero no les niega la vida; las condena al error, mas no á la muerte. Por eso todos hemos visto pasar delante de nuestros ojos esos siglos de prodigiosa incredulidad y de altísima cultura, que han dejado en pos de sí un surco, ménos luminoso que inflamado, en la prolongacion de los tiempos, y que han resplandecido con una luz fosfórica en la historia. Poned, sin embargo, en ellos vuestros ojos; miradlos una vez y otra vez, y vereis que sus resplandores son incendios, y que no iluminan sino porque relampaguean. Cualquiera diria que su iluminacion procede de la explosion súbita de materias de suyo oscuras, pero inflamables, más bien que de las purísimas regiones donde se engendra aquella luz apacible, dilatada suavemente en las bóvedas del cielo, con soberano pincel, por un pintor soberano.

Y lo mismo que aquí se dice de las edades, puede decirse de los hombres. Negándoles ó concediéndoles la fé, les niega Dios ó les quita la verdad: ni les da ni les quita la inteligencia. La de los incrédulos puede ser altísima, y la de los creyentes humilde: la primera empero no es grande, sino á la manera del abismo; mientras que la segunda es santa, á la manera de un tabernáculo: en la primera habita el error, en la segunda la verdad. En el abismo está, con el error, la muerte; en el tabernáculo, con la verdad, la vida. Por esta razon, para aquellas sociedades que abandonan el culto aus-

tero de la verdad por la idolatría del ingenio, no hay esperanza ninguna. En pos de los sofismas vienen las revoluciones, y en pos de los sofistas los verdugos.

Posee la verdad política el que conoce las leyes á que están sujetos los gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes á que están sujetas las sociedades humanas; conoce estas leyes el que conoce á Dios; conoce á Dios el que oye lo que él afirma de sí, y cree lo mismo que oye. La teología es la ciencia que tiene por objeto esas afirmaciones. De donde se sigue, que toda afirmacion relativa á la sociedad ó al gobierno, supone una afirmacion relativa á Dios; ó lo que es lo mismo, que toda verdad política ó social se convierte forzosamente en una verdad teológica.

Si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo (1). Si lo es, no hay nada fuera de

---

(1) Santo Tomás en la *Summa* (I. q. 1.) hace resaltar admirablemente esta preeminencia de la Teología. Hé aquí en sustancia la doctrina del Doctor Angélico:

Varias ciencias pueden estar juntamente subordinadas á una superior que abraza las diversas materias que son objeto de las inferiores, reduciendo á unidad los varios objetos parciales y considerándolos de un modo más general y desde un punto de vista más elevado. Así como la física, por ejemplo, abraza los objetos de la mecánica, acústica, etc., así la teología abraza los de todas las ciencias, pues todos ellos están subordinados al que lo es de esta, ó sea de Dios, primer principio y fin último de todas las cosas.

Propio de la sabiduría es ordenar los conocimientos y juzgar rectamente de las cosas. Pero el orden consiste en la subordinacion de lo inferior á lo superior, y no se puede juzgar bien de las cosas primeras si bien no se conocen antes las segundas, y por esto, en cualquier orden de ciencias ó artes, aquel es reputado por más sabio ó más artista, que posee la ciencia ó arte más elevada entre las de su género; así en el arte de construir no se da el nombre de arquitecto á los que llevan ó colocan los materiales, etc. Entendido esto, fácil es conocer que las demás ciencias son á la teología lo que á la arquitectura son las artes de carpintero y albañil; preparan los materiales para que ella contruya el edificio. Y no siendo

esa ciencia, que no tiene plural; porque el todo, que es su asunto, no le tiene. La ciencia política, la ciencia social no existen, sino en calidad de clasificaciones arbitrarias del entendimiento humano. El hombre distingue en su flaqueza lo que está unido en Dios con una unidad simplicísima. De esta manera distingue las afirmaciones políticas de las afirmaciones sociales y de las afirmaciones religiosas; mientras que en Dios no hay sino una afirmacion, única, indivisible y soberana. Aquel que cuando habla explícitamente de cualquiera cosa, ignora que habla implícitamente de Dios, y que cuando habla explícitamente de cualquier ciencia, ignora que habla implícitamente de teología, puede estar cierto de que no ha recibido de Dios sino la inteligencia absolutamente necesaria para ser hombre. La teología, pues, considerada en su acepcion más general, es el asunto perpétuo de todas las ciencias, así como Dios es el asunto perpétuo de las especulaciones humanas. Toda palabra que sale de los labios del hombre, es una afirmacion de la divinidad, hasta aquella que la maldice ó que la niega. El que revolviéndose contra Dios exclama frenético diciendo: «te aborrezco, tú no existes,» expone un sistema completo de teología; de la misma manera que el que levanta á él el corazon contrito, y le dice: «Señor, hierre á tu siervo que te adora.» El primero arroja á su rostro una blasfemia; el segundo pone á sus pies una

---

este edificio más que el plan divino del mundo, nada hay en él que no tenga lugar en este estudio. Por otra parte, una ciencia que no abraza este plan todo entero, es una ciencia parcial que no toma en cuenta la razon última de las cosas; no ménos evidente es que únicamente la teología tiene el secreto de este plan divino, pues enseña no solamente lo que de Dios y del mundo se puede saber con las luces naturales, sino tambien lo que se puede saber tan solo por la revelacion. La teología es pues la que nos comunica el verdadero conocimiento de la primera causa de cuanto es y del fin último á que todo está ordenado, conocimiento sin el cual no hay verdadera ciencia, pues sin la teología todo quedaria sin explicacion y seria del todo inexplicable.

oracion: ambos empero le afirman, aunque cada cual á su manera, porque ambos pronuncian su nombre incomunicable.

En la manera de pronunciar ese nombre está la solucion de los más temerosos enigmas: la vocacion de las razas, el encargo providencial de los pueblos, las grandes vicisitudes de la historia, los levantamientos y las caidas de los imperios más famosos, las conquistas y las guerras, los diversos temperamentos de las gentes, la fisonomía de las naciones, y hasta su varia fortuna.

Allí donde Dios es la infinita sustancia (1), el hombre,

(1) Aquí el autor habla del panteísmo oriental. El que quiera tener una idea de este absurdo sistema religioso, que niega la sustancia de las cosas creadas, y segun el cual todo, exceptuando la sustancia infinita, no es más que mera apariencia é ilusion, lea la obra de Maret, titulada *Ensayo sobre el Panteísmo en las sociedades modernas*, especialmente el cap. 4.º, en que trata del *Panteísmo filosófico-Filosofía vedanta*; y por lo que respecta á los efectos históricos de este sistema, vea el cap. 5.º, núm. 3, en que se habla del Yoguiismo de las Indias, una de las aplicaciones mas exageradas del error religioso dominante en aquellas regiones. Hé aquí un rasgo tan triste como curioso, que por via de muestra extractamos de la citada obra.—«El Yogui, dice, es un solitario que con la mira de alcanzar la union más perfecta con el sér infinito, se segrega de la sociedad humana, abandona todos los cuidados de la vida, se despoja de toda actividad, de todo pensamiento concreto, y se absorbe enteramente en la muda contemplacion del *yo infinito*. Las selvas, los yermos de la India y las cercanías de los lugares sagrados están poblados por centenares de hombres tan maravillosos, que suelen estar á veces años enteros clavados en tierra en una sola postura, sin mover pie ni mano. El poeta Kalidas nos describe en el poema de la Sacontala á uno de estos célebres fanáticos: léese allí que preguntado el conductor del carro de Indra por el rey Dushmanta dónde se encuentra el retiro del solitario á quien va buscando, le responde aquel: penetra en ese bosque sagrado, y hallarás á un piadoso Yogui con espesa y crespa cabellera, que está inmóvil con los ojos fijos en el disco del sol: míralo, y verás su cuerpo medio cubierto por la arcilla que en él van dejando las ramas que brotan á su alrededor: una piel de serpiente, que le rodea la cintura, le sirve de cingulo sacerdotal: enlázanse á su cuello plantas nudosas, de follaje espeso, y en sus hombros y cabeza han hecho nido las aves.»—Segun Schlegel, esta descripción no debe tomarse por una hipérbole de poeta, ó por un ca-

entregado á una contemplacion silenciosa, dá la muerte á sus sentidos, y pasa la vida como un sueño, acariciado por brisas olorosas y enervantes. El adorador de la infinita sustancia está condenado á una esclavitud perpétua y á una indolencia infinita: el desierto tendrá para él algo de divino sobre la ciudad, porque es más silencioso, más solitario y más grande; y sin embargo no le adorará como á su dios, porque el desierto no es infinito: el Océano seria su única divinidad, porque lo abarca todo, si no tuviera extrañas turbulencias y ruidos extraños: el sol, que todo lo alumbraba, seria digno de su culto, si no abrazara con su vista su disco resplandeciente: el cielo seria su señor, si no hubiera lumbreras; y la noche, si no tuviera rumores: su dios es todas estas cosas juntas: inmensidad, oscuridad, inmovilidad, silencio. Allí se levantarán á lo alto y de repente, por la secreta virtud de una vegetacion poderosa, imperios colosales y bárbaros, que caerán con estrépito en un dia, abrumados por la inmensa pesadumbre de otros más gigantescos y colosales, sin dejar rastro en la memoria de los hombres, ni de su caida ni de su levantamiento: los ejércitos estarán sin disciplina, como los individuos sin inteligencia: el ejército será, ante todas cosas y principalmente, muchedumbre: la guerra tendrá ménos por objeto averiguar cuál es la nacion más heroica, que cuál es el imperio más populoso; la victoria misma no será un título de legitimidad, sino porque es el símbolo de la divinidad, siéndolo de la fuerza. Como se vé, la teología y la historia indostánica son una cosa misma.

Volviendo los ojos al Occidente, se vé, como tendida á sus puertas, una region que da entrada á un nuevo mundo,

pricho imaginario, pues son muchos, dice, los testigos oculares que deponen de su exactitud, y que la narran en términos muy semejantes. En esta condicion del ser completamente absorto, y en este estado de aberracion mental hace consistir el panteísmo indico el ideal de la perfeccion humana. \*